

Los Rosales y la memoria de Lorca (en el 90º aniversario de su muerte): “Mi padre decía, y yo estoy con él, que todos los homenajes que se le hagan a Federico son pocos”

Poeta, erudito, premio Cervantes, la vida de Luis Rosales quedó marcada por la muerte de su amigo Federico García Lorca. Hoy, su hijo Luis Rosales Fouz es el guardián de una memoria familiar e histórica.

POR PALOMA SIMÓN
12 DE AGOSTO DE 2026



Luis Rosales Fouz. SILVIA DE LA ROSA

Vengo a prender a Federico".
—¿Por qué?
—Por sus obras.
—¿Pero qué obras?

La tarde del 16 de agosto de 1936 el poeta **Federico García Lorca** (Fuente Vaqueros, 1898- camino de Váznar a Alfacar, 1936) fue detenido en Granada, en la casa familiar de los Rosales. “Me encontré con la noticia de que la habían rodeado, incluso apostado vigías en la casa, las callejuelas. Como si fuera un hecho de guerra. Una captura. Algo absolutamente increíble. Nunca se había hecho una detención de ese tipo. Se presentaron tres personas. [Juan Luis] Trescastro, [Luis] García-Alix y Ramón Ruiz Alonso. Fue el que se quedó cuando se retiraron”, relató el protagonista de esta historia en un programa cultural en 1977. “Yo me he comprometido conmigo mismo a no sacar provecho de un dolor... Para mí fue por la edad; por la torpeza de la muerte el encontronazo con la esquina de la vida, a partir de ahí mi vida cambió de dirección. [...] Pensar que pudiera morir una persona como Federico. Cómo murió, y por lo que murió. Es una lección que no se olvida. [...] A mi me han solicitado hacer películas. He podido hacer prestigio, dinero. Siempre he contestado que no. [...] Ahora ya es otra cosa. Estoy en el final de mi vida, tengo que escribir mis memorias. Las escribiré”, añadió visiblemente emocionado.

Si el asesinato de Federico García Lorca marcó la existencia de alguien en concreto, ese alguien fue Luis Rosales Camacho (Granada, 1910-Madrid, 1992). “Yo viví de cara a la vida hasta el año 36”, reconoció en esa entrevista televisada en la que, además de dar su versión de los hechos, pidió que se celebrase una mesa redonda con los testigos del suceso. “El pasado solo se libera escogiendo un símbolo, y un gran símbolo del pasado es Federico”, denunció con semblante sombrío un hombre a quien, en cambio, solían apodar “el serio alegre”. “Su gesto de poner juntos el índice y el pulgar se parece mucho al de un cantaor de flamenco”, dijo el crítico de poesía César Torres Martínez. “Es un hombre cetrino, con unos ojos azules chiquitines, gracioso ceceo inesperado y perturbador”, lo describió otro buen amigo. “Rosales era ingenioso y seriamente alegre. Matizaba sus ocurrencias con un cierto balbuceo final, invitando a la risa”. Así lo caracterizó **Antonio Gala** en 2010 en el suplemento cultural *Babelia*. Rosales fue su mentor: le publicó sus primeros relatos y le dio el mejor consejo: más novelas y menos poesía. Gala sería el gran autor de *best sellers* de la España de los años 90. “Tenía un carácter abierto, simpático y con su punto de humor”, zanja quien mejor lo conoció. “Mi impresión es que su figura y su obra se guardan dignamente”, añade.

—¿Cree que el 90º aniversario de la muerte de Lorca y el estreno de *La bola negra* van a despertar de nuevo el interés en él?
—Mi padre decía, y yo estoy con él, que todos los homenajes que se le hagan a Federico son pocos en relación con los que merece. Como persona y como escritor. Ahora bien: seguir mezclando a mi padre no es bueno para mi padre. Lo que es bueno para él es que lo lean. Así los dos saldrían ganando.



Fotografías familiares. SILVIA DE LA ROSA

La casa en Madrid de Luis Rosales Fouz (Madrid, 1952) es un monumento a la memoria de su padre en el que obras de arte de su amigo y cóctane Benjamin Palencia y dibujos de Lorca se mezclan de forma caótica con fotografías, recuerdos y documentos de todo tipo; algunos, sonoros, como las grabaciones de Rosales recitando a Federico que suenan a todo volumen en el equipo musical. En concreto, *Anda jaleo*. Su único hijo, que ha heredado esos “ojos azules chiquitines”, lleva desde 2007 dedicado a estudiar, cuidar y reivindicar la vida y la obra de Luis Rosales. Ese año dejó su trabajo en el Banco Urquijo para empezar a organizar el centenario del autor de *Autobiografía* (1951). Sus, quizá, versos más reveladores: “Así he vivido yo [...] sabiendo que jamás me he equivocado en nada, sino en las cosas que yo más quería”.

Para conmemorar aquella fecha, Rosales Fouz organizó una exposición en La Casa Encendida de Madrid, el espacio cultural que comparte nombre con el poema de 1949. En *Luis Rosales. El contenido del corazón*, se exhibieron obras de arte de Picasso, Miró o Dalí, manuscritos y fotos. “He encontrado unas postales que me mandaba cuando yo tenía cuatro años. En ellas me hablaba de un elefante que tenía en casa y me preguntaba qué hacía con él.”, contó en su día su hijo. Él contestaría a esas misivas en 2020 con *Desde que tus pasos me abren el camino. Un paseo por el Madrid de Luis Rosales* (Visor Libros). Un recorrido por la biografía de este “poeta lorquiano”, como se definía, que descubrió su vocación a los 15 años y evitó siempre la pedantería. “La sencillez se tarda mucho en aprender”, decía.

Luis Rosales llegó a Madrid en septiembre de 1932 desde la Granada que más le gustaba, “la otoñal, con sus árboles, sus jardines”, decía, “con su poesía bajo el brazo y el alma saturado de recuerdos”, evoca su hijo. Se instaló en una pensión en la calle de Peligros; subsistía con 500 pesetas —una pequeña fortuna para la época— que le enviaba su padre, dueño de un próspero negocio de pasamanería en la ciudad andaluza. “Te doy más de lo que necesitas, no me hagas nunca una deuda”, le advirtió. “Y con toda austeridad vivía con su amigo y maestro, Joaquín Amigo”, añade Rosales Fouz.

“Federico me había enseñado a acercarme a la poesía y Joaquín, a vivir”, escribió por aquel entonces Rosales. Si a Lorca lo fusilaron los falangistas en los primeros días de la Guerra Civil, al escritor y profesor de Filosofía lo asesinaron los republicanos. “Los muertos sobre el campo de batalla pertenecen al mismo bando”, denunciaba Rosales. Esas dos tragedias le enseñaron “a no creer en las cosas, sino en los amigos”. Y lo empujaron a abominar la política. “Yo he sido falangista del Movimiento. Mis hermanos son anteriores. Yo he sido siempre, y sigo siendo, un mortal antipolítico. Yo creo que el poder es corrupto. De la corrupción del poder no se salva nadie. No he conocido a nadie que se salve de la corrupción del poder, salvo a Dionisio Ridruejo. Pero también se supo retirar a tiempo”, confesó al periodista Joaquín Soler Serrano. “Desde el punto de vista literario, le debo todo a Federico a Dionisio. Desde el punto de vista intelectual y personal, mi gran deuda es con Joaquín Amigo. Pero el paradigma de hombre que me hubiera gustado ser es Dionisio Ridruejo. Era inteligentísimo. Rápido y lento. Generoso. Valiente y paciente. La lección de ser hombre la he aprendido de Dionisio Ridruejo”, elogió sobre uno de los primeros miembros de Falange que acabó desertando del fascismo para convertirse en un referente “político y moral de la lucha democrática contra el franquismo”, según Jordi Gracia. El escritor, político, soldado de la División Azul y cautor del *Cara al sol* ofrece en sus *Casi unas memorias* la prueba definitiva del carácter de su amigo y discípulo, símbolo de la tercera España. “Rosales era jovial y a veces muy ingenuo, efectivamente delicado, poderosamente imaginativo y muy sutil y brillante. [...] Lo que le importaba menos (no conozco cosa de la que pueda decirse que no le importa nada) era la política”.

Luis Rosales conoció a Dionisio Ridruejo, director general de Propaganda, durante la Guerra Civil, y por él entró en el Grupo de Burgos capitaneado por el propio Ridruejo junto a Pedro Lain, Rodrigo Uría, Gonzalo Torrente Ballester y Luis Felipe Vivanco. El “error” de estos intelectuales fue “brindarle al Caudillo una filosofía y una cultura, improvisadas o recicladas, que el pragmatismo de Franco no necesitaba para nada [sic], y que además le despertaba celo: el recelo del no / intelectual ante la cultura”, escribió Francisco Umbral en *El País* en 1985. “Mi padre era un hombre bueno, afable y simpático. Un liberal”, asegura Rosales Fouz.

Según el escritor Ricardo Gullón, aquellos hombres no se contentaban “con la victoria”, querían “la paz”. “Todos ellos tuvieron un papel destacado en la puguería, adoptando posiciones liberales y ocupando lugares importantes tanto en el sector público como en el privado durante el franquismo, ayudando a hacer posible la reconciliación de los valores democráticos en España”, sostiene Rosales Fouz.



Retrato del poeta por Benjamin Palencia. SILVIA DE LA ROSA

Miembro destacado de la Generación del 36, académico de la Real Academia Española —fue elegido el 13 de diciembre de 1962 para sustituir a don Ramón Pérez de Ayala; “Yo entonces contaba 12 años y me acuerdo como si fuera hoy la emoción que sentía”, evoca su vástago; erudito —, Luis Rosales fue uno de los mayores expertos en la “poesía española más española, la del Siglo de Oro”, el escritor fue sobre todo un hombre de su tiempo. De la Granada de su juventud donde escribió sus primeros versos y disfrutó de la efervescencia intelectual que rodeaba a Federico García Lorca en la revista *El Gallo*; del Madrid de la II República, donde se matriculó para estudiar Filología Románica en la que iba a ser la mejor Facultad de Filosofía y Letras de Europa porque lo animó Joaquín Amigo: “No se triunfa en provincias, se triunfa en Madrid”, le dijo. Allí, entre las clases de Ortega y Gasset, Menéndez Pidal, María Zambrano o Américo Castro conoció a su gran amor de juventud: Lola Monero, a quien dedica el poema *Abril* (1935). Al definitivo lo vería por primera vez tres años después en Burgos, pero no sería hasta 1942 cuando tendría lugar su “encuentro definitivo”, cuenta su hijo. “Mi madre, que tenía un aire a la actriz Joan Fontaine, contaba que durante una noche de baile en Pasapoga los dos se ‘perdieron’ del resto de amigos, se retiraron a un rincón más tranquilo y empezaron una relación que duró hasta su muerte”, desarrolla.



Foto del Mirador Luis Rosales de Cerezolla, donde vivió y escribió 25 años. SILVIA DE LA ROSA

Maria Fouz de Castro había trabajado en Burgos con Dionisio Ridruejo y dedicó el resto de su vida a apoyar la obra literaria de Luis Rosales. El matrimonio se instaló en el domicilio que inspiraría el poema *La casa encendida* (1949). “Altamirano, 34. Maruca pone orden, relativo, en el desorden [...] En el pequeño despacho, Luis escribe [...] Cuando Luis lee, le despacio, saboreando cada palabra [...] Lectura interrumpida: amigos, amigos, más amigos. ¿Cuántos amigos tiene Luis Rosales?”, se preguntaba Ricardo Gullón. Además de hogar familiar, la dirección se convirtió en punto de encuentro de los intelectuales de la época: Vivanco, Dámaso Alonso o Leopoldo Panero entran y salen día sí, día también, de Altamirano, 34. En ese ambiente se crio Rosales Fouz. “Eso sí, mi padre nunca me animó a ser escritor como sucedió con los Panero, y siempre le estaré agradecido por ello. Porque el que hay por arriba suele ser insuperable. Quizá por eso he tenido una relación fantástica con él, me educó con una correa larguísima”, bromea mientras me enseña una fotografía de otro de los momentos más reseñables de su vida: el 23 de abril de 1983.



Vino del año del Cervantes. SILVIA DE LA ROSA

Ese día, Luis Rosales recibió el Premio Cervantes. La instantánea muestra al poeta e intelectual junto a su mujer, Maruca, y su hijo, Luis, con don Juan Carlos y doña Sofía y las infantas Elena y Cristina. “Estábamos muy emocionados, naturalmente. En un momento dado los reyes nos pasaron a la parte privada del palacio de la Zarzuela para hablar a solas. Allí vi muy claramente el cariño y el respeto que tenían a mis padres. Me gustó mucho y lo aprecié más”, dice.

El galardón más importante de las letras hispánicas restituyó definitivamente la figura de Rosales, aunque no estuvo exento de polémica. “Todo se olvida pronto. Cuando le dieron ese premio, quitándoselo a [José] Bergamín, este dijo aquello tan gracioso: ‘Se lo tiene merecido’, pero lo cierto es que lo merecía tanto o más que Bergamín, y más que muchos a los que luego se lo han dado”, apunta Andrés Trapiello.

El autor de *Las armas y las letras*, un libro de culto sobre literatura y la guerra civil, “sobre los intelectuales que ganaron la guerra pero perdieron la Historia”, me dice que Luis Rosales perteneció al bando de los desengañados. “Fue una figura trágica, el reverso de la tragedia de Lorca”.

—¿Cree que las circunstancias que rodearon a la detención y posterior asesinato de Lorca han sido aclaradas del todo?

—Más o menos. No creo que se lleguen a saber muchas más cosas importantes, porque ya hace mucho murieron los testigos directos de aquello. Ahora, las interpretaciones y el mito seguirán siempre.



Imágenes familiares. SILVIA DE LA ROSA

Hay quien cree que Luis Rosales vivió atormentado, convencido de que podría haber hecho algo más para salvar a su amigo. “El único que tenía sensación de peligro era él”, decía sobre los días previos a la muerte de Federico, cuando los dos pasaban la noche hablando de literatura. “Oía la radio, me daba las noticias”. Hace justo un año la profesora de la Universidad de Barcelona Noemí Montetes-Mairal encontró un manuscrito en el Archivo Histórico Nacional. Una obra titulada *¿Por qué?*, “protagonizada por un hombre de familia burguesa con conexiones en las altas esferas que delata a otro que se encontraba refugiado en su casa”, resume el periodista Rodrigo Naredo. Según Montetes-Mairal, la obra es solo “la evidencia de la carcoma incansable de la culpa, que le roía entonces y le roerá siempre, pese a su innegable inocencia, porque él estaba vivo, mientras que Lorca había muerto. Es la culpa del superviviente, del que cree que debería haber hecho más. Y se castiga incansablemente por ello”. “Ya lo he dicho yo y también se lo dijeron a mi padre y a Alfonso Moreno sus amigos de la revista *Escorial*, del grupo de Burgos, que la obra no era buena. Mi amiga Noemí piensa lo contrario; lo respeto, aunque no lo comparta totalmente”, zanja Rosales Fouz.



Dibujo de Lorca. SILVIA DE LA ROSA

El poeta se salió con la suya y en 1980 el programa *La Clave* acogió una mesa redonda sobre la muerte de Lorca. En el espacio, Rosales señala a Ruiz Alonso y, sobre todo, defiende la memoria de su amigo. “El español más importante de su tiempo, que murió por culpa de alguien que no representa, ni representaba, ni representará nada. Federico era un hombre que sentía la causa del pueblo, era un hombre justo”, proclamó.

En 1984 Luis Rosales sufrió un derrame cerebral que le afectó al habla, pero seguiría viviendo y recitando poesía. Así lo recordaba Francisco Brines por su centenario: “Se esforzaba por llegar a una normalidad en la que su vida fluyera con la máxima naturalidad. Me pareció hermosa la lección de vida”.